Carolina Kaufmann (directora), Nora Lijtmaer y Roxana Mauri Nicastro (2008): *Shules y Ateneos. Huellas de la educación no formal judeorosarina (Del Wesser a la Web)*. Rosario: Laborde Editor, 216 páginas.

El libro *Shules y Ateneos* escrito por Carolina Kaufmann (como directora), Nora Lijtmaer y Roxana Mauri Nicastro es una invitación a sumergirse en el complejo y heterogéneo universo “de la historia educacional no formal de los miembros de la colectividad judía de la ciudad de Rosario, desde finales del siglo XIX al XX inclusive, transitando en principio por los carriles de la historia cultural de los inmigrantes *ashkenazíes* y su inserción local”. “El estudio extiende una mirada histórica sobre la construcción de las identidades y las diferencias culturales” (p. 9) al interior de la colectividad judía y sus articulaciones con el contexto social, cultural y político más amplio.

Este excelente libro centró el análisis en ciertas instituciones comunitarias judías analizando los mandatos, las prácticas tradicionalistas, las resistencias culturales y las orientaciones ideológicas y políticas que materializaron su existencia así como las tensiones y disputas que se fueron generando en el devenir histórico de estos particulares espacios judíos de educación no formales.

Específicamente el recorte propuesto incluyó “instituciones de educación no formal constituidas con el objetivo de atender algún aspecto del sector educativo no formal (escuelas de idish, escuelas de verano, colonias de vacaciones, kinder clubes) e instituciones no específicas de educación no formal que asumieron esta tarea de modo complementario a las propias de su objeto; por ejemplo, bibliotecas, ateneos, asociaciones culturales y deportivas, etc.”. (p. 10) En consecuencia, las autoras focalizaron la atención en “aquellas instituciones vinculadas tanto a los espacios de educación no formal como a los de socialización y recreación. Instituciones que desarrollaron actividades socioculturales tales como teatro, coros, bibliotecas populares, comités de ayuda, círculos de lectura, actividades de formación infantil” entre otras. (p. 11) Para el análisis de estas instituciones las autoras retomaron una serie de categorías analíticas como aquellas vinculadas con la animación sociocultural a partir de las conceptualizaciones realizadas por Ander Egg (1989) y Trilla Bernet (1998) entre otros. (p. 11)

Desde un punto de vista metodológico, el libro articuló el análisis a partir del trabajo con fuentes orales, entrevistas intensivas (especialmente a miembros mayores de la comunidad con diferentes niveles de implicancia institucional) y diversas fuentes primarias tales como publicaciones periódicas nacionales, revistas locales, actas, boletines, estatutos institucionales, circulares, folletos, cartas y fotografías. Esta articulación reconoció una

diversidad de enfoques, perspectivas y referentes como Gecchele (2005), Chirico (1992), Ferrarotti (1990), Schwarzstein (1991, 2002), Levi (2006), Sautu (2004) o Burke (2004).

Uno de los grandes y valiosos aportes del libro fue la identificación, al interior de la colectividad judía, de la enorme diversidad y heterogeneidad de sentidos culturales, sociales, políticos e ideológicos que los circuitos educativos no formales judíos produjeron, transmitieron y distribuyeron. Este análisis rechaza toda consideración monolítica, uniforme, totalizante y homogeneizante sobre la comunidad judía argentina. Poner en cuestión el artículo “la” no es sólo referirse a un aspecto meramente lingüístico o retórico. Implica, además, aceptar la existencia de las diversas “culturas judías” argentinas (con sus coincidencias, disonancias, contrastes y sus divergencias) así como las disputas que se produjeron entre los distintos actores y grupos sociales que la integraron. Este análisis posibilita cuestionar el doble juego de la ‘otredad’ rechazando la mirada externa e ¿ingenua? que homogeneiza a ‘los judíos’ construyendo un supuesto relato único sobre la comunidad judía y, también, cuestiona -y visibiliza- aquellos/as que al interior de la comunidad, con aires de imparcialidad, construyeron la ‘otredad’ judía (los judíos ‘impostores’) y, al mismo tiempo la ocultaron. Vale decir, la diversidad de posiciones ideológicas, políticas, culturales y, especialmente educativas, también generó tensiones al interior de la comunidad. Son estas divergencias y desacuerdos en el seno de la propia colectividad los que han sido recuperados en este excelente libro marcando los matices, los contactos, las continuidades y las discontinuidades en el devenir histórico de las experiencias educativas judías no formales. Es esta diversidad religiosa, social, cultural, ideológica y política la que se ‘mapeo’ junto con las tensiones y disputas que se produjeron en el seno de la comunidad. Parte de estos conflictos materializaron y, a la vez potenciaron, algunas de las experiencias judías educativas no formales (kinders, colonias, bibliotecas, ateneos, shules, centros culturales, etc.) explicitando las diferencias a partir de las propias actividades y vivencias realizadas en dichos espacios.

A partir de estas conceptualizaciones, una de las hipótesis recurrentemente señalada en el libro quedó claramente confirmada: “en el conjunto de la sociedad rosarina y en el interior mismo de la comunidad judía se ignora o se niega la coexistencia de sectores ideológicos y políticos divergentes con sus instituciones específicas de educación no formal”. (p. 172)

La estructura de este hermoso libro se compone de siete capítulos: los judíos del Paraná, la Biblioteca Obrera, los Schules y Ateneos, el Movimiento Judío Progresista, el Centro Cultural Israelita de Rosario, el Ateneo Judeo Argentino 19 de Abril, el Kinder Club Ana Frank y la experiencia de Zumerland en Córdoba.

Los primeros capítulos examinan con una gran claridad y rigor conceptual la colonización judía y las condiciones educacionales de los hijos/as de los inmigrantes judíos provenientes de sectores populares durante las primeras décadas del siglo XX, en donde la melodía del idish se destacó y se consolidó junto con un variado conjunto de actividades culturales que excedieron el ámbito estrictamente tradicional del *shill* (sinagoga).

Como señalan las autoras, la educación *idishista* transmitida en los primeros shules (escuelas) fue tomando forma en un contexto contradictorio en el que la educación estatal garantizaba la enseñanza pública no religiosa, igualitaria y gratuita pero, al mismo tiempo, arrasaba con las particularidades culturales y étnicas de los distintos grupos de inmigrantes. La simultánea crisis económica, política e ideológica del modelo estatal liberal en los años treinta re-posicionó muchas de las experiencias educativas alternativas. A pesar de este contexto hostil, la proliferación de shules *idishistas* en la Argentina, en particular, en Rosario continuó. Al mismo tiempo, “hasta la década del cuarenta, gran parte de la comunidad étnica se fue fusionando con la cultura rosarina sumando al terruño local y al marco que brindaban sus instituciones culturales seculares, las tradiciones, los cancioneros, los platos típicos y los aromas de sus lugares de procedencia”. (p. 174)

En este contexto, los hijos/as de los inmigrantes (especialmente de los judíos que arribaron entre 1906-1921), muchos de ellos/as simpatizantes de ideas anarquistas y socialistas, se fueron agrupando en Bibliotecas, Ateneos, Kinder Clubes y Shules “generando nuevos espacios de sociabilidad que habrían de sostener ideales laicos y democráticos aunque sin dejar de lado sus tradiciones y, en consecuencia, afirmándose como entidades judías integradas a la sociedad rosarina. Las acciones institucionales superaban los contornos del judaísmo como la defensa de valores democráticos, las consignas de lucha por la paz y la condena a los fascismos. En estos espacios se ampliaron las iniciativas hacia el campo de la recreación y la preservación de la cultura heredada amalgamada con los aires rosarinos. A las actividades de lectura y comentario de obras literarias en *idish* y en castellano se sumaron representaciones teatrales, coros, conferencias, debates políticos, cine-club, bailes, comidas de camaradería, prácticas de deportes, etc. Participaron de estas experiencias niños y adolescentes provenientes de sectores heterogéneos de la comunidad: hijos de obreros, de pequeños comerciantes, de empleados y de algunos profesionales”. (p. 175)

A principios de los años cuarenta (11 de abril de 1941) se constituyó la Federación de Entidades Culturales Judías (ICUF) diferenciándose de las corrientes judías ‘tradicionalmente’ sionistas. El ICUF agrupó al movimiento judío progresista el cual recibió en su seno tanto a judíos como no judíos. Su creación profundizó diferencias al interior de la

comunidad y multiplicó los matices y, también, las tensiones incluyendo las orientaciones político-ideológicas de los espacios educativos judíos no formales.

Según las autoras “las instituciones judías icufistas que desplegaron acciones de educación no formal y de animación sociocultural desde los años cuarenta hasta los setenta fueron herederas de la tradición idishista (p. 43) y de los espacios no formales de socialización anteriormente mencionados, retomando muchos de los valores defendidos por estos (escuelas laicas judías preexistentes, clubes, kinders, ateneos, etc.) como el pacifismo, el antimilitarismo, el antibelicismo, el humanismo, la solidaridad, la igualdad de oportunidades, la cooperación, el anticlericalismo y la lucha contra el antisemitismo. Su carácter pluralista llevó a cuestionar la suposición de que existía una identidad judía monolítica. La mayoría de los miembros del ICUF rosarino en los años cincuenta se definían como comunistas y judíos laicos. Sin embargo, como sostienen acertadamente las autoras, sería una afirmación equivocada y un planteo simplista el afirmar que el comunismo fue el único referente ideológico y político de las prácticas y discursos icufistas.

Uno de los acontecimientos que potenció las diferencias internas fue la creación del Estado de Israel el cual generó diferencias entre icufistas y no icufistas, aunque ambos sectores continuaron siendo pro idishistas. Un buen ejemplo de estas tensiones internas fue la creación del Ateneo Judeo Argentino 19 de abril que defendió la existencia de un único Estado (el de Israel) como organización del pueblo judío, a diferencia del icufismo que avaló la tesis de no convergencia entre identidad judía y nacionalidad; si bien, con el tiempo, valoró al Estado de Israel como una expresión institucional del pueblo judío. (p. 127) Esto repercutió en la forma de concebir estos espacios educativos no formales.

A finales de la década del cincuenta, “los ateneos, shules y demás asociaciones ya no sólo ofrecían un sitio de lectura y de debate, de actividades culturales de recreación y deportivas, sino que encararon múltiples emprendimientos, afianzando un proceso de integración con la comunidad; tal fue el caso del Centro Cultural Israelita de Rosario y del Kinder Club Ana Frank. Progresivamente estas instituciones evolucionaron y desarrollaron sus propuestas de educación no formal y animación sociocultural enmarcadas en auténticas concepciones de educación popular, nacidas en los ‘60 y profundizadas en la década del ‘70. En estos centros trabajaban lerers y lererques que formaban líderes con un fuerte compromiso político aunque no necesariamente partidario. En el caso del Kinder Ana Frank y de la colonia de vacaciones (Zumerland, Córdoba), al que asistían los niños/as y jóvenes rosarinos, la conducción institucional, en su cariz de manifestación pedagógica icufista, procuró no reproducir las pautas formales de las estructuras escolares capitalistas. Sus parámetros teóricos devenían de los intelectuales del PC, que en su mayoría encabezaban dichas instituciones y guiaban sus pasos inspirados en nuevos enfoques pedagógicos, con

preponderancia en la 'pedagogía científica' socialista". (p. 176) Sus principios fueron integrar, participar, opinar, concientizar y organizarse. (p. 177)

A contramano de las tendencias tecnocráticas de la época, el Centro Cultural Israelita de Rosario así como Zumerland Córdoba se posicionaron alentando la creatividad, la espontaneidad y la participación con un fuerte compromiso social. "Es de resaltar que tanto en el Kinder Ana Frank como el Zumerland Córdoba no se elaboraba un plan de contenidos en sentido estricto, sino que se planificaban actividades en función de temas y postulados rectores". Se estimulaba "la participación, la solidaridad, la cooperación, el compañerismo, el juego democrático, la exhortación de la paz" y la búsqueda de una "nueva sociedad que originaría el nuevo hombre" y también la nueva mujer. (p. 178)

Si bien estos espacios y experiencias educativas fueron perseguidos durante la dictadura y, en las últimas décadas, "las identidades contestatarias del icufismo se han *aggiornado* a los vientos políticos del siglo XXI", muchos de sus principios aún se escuchan como una dulce melodía idishista, aunque en un complejo contexto del siglo XXI.

En síntesis, el libro Shules y Ateneos se constituye en una producción que inaugura nuevos caminos en la historia educativa de la comunidad judía. A partir de los valiosos aportes de este bello libro se abren nuevas posibilidades de exploración vinculadas a aspectos que aún están poco iluminados. Sin duda, un libro que nos deja un 'pekele' (paquetito) de enseñanzas pero que, al mismo tiempo, abre nuevos interrogantes aún poco explorados sobre los agrupamientos educativos no formales y su relación de complementariedad respecto de los ámbitos oficiales de enseñanza pública y estatal.

Dr. Pablo Ariel Scharagrodsky
UNQ- UNLP